

## “Considerar cómo la divinidad se esconde...” (Ej 196), para poder manifestarse de otro modo

M<sup>a</sup> Dolors Oller

**El “Dios siempre mayor” que se desvela y a la vez se vela a nuestros ojos**

Hablar del silencio de Dios y de cómo la Divinidad se esconde es adentrarse en el Misterio que está presente en toda existencia. Y es hablar de oscuridad, ausencia y sufrimiento, necesarios para crecer en la vida espiritual: sin Cruz no hay paso a la Vida, no hay Resurrección. Hay una manera de vivir que nos *plenifica* y otra que nos destruye. Jesús con su vida entregada, con su *ser hombre para los demás* y *con los demás*, nos revela el paradigma del ser humano: no aferrarse a nada, desprenderse de todo, vaciarse de sí mismo para acoger el Misterio de Dios en la propia vida, que se transforma, así, en transparencia del Trascendente, más allá de todo dualismo: Dios y el ser humano, Dios y el mundo, no son realidades separadas, sino solamente una realidad que hay que vivirla penetrada, poseída, ocupada, amada, sustentada, reconciliada por Dios. Este vaciamiento de Jesús nos está manifestando la esencia del mismo Dios, que es pura donación de Sí. También nosotros estamos llamados a la plenitud de ser hijos, es decir, a que el vaciamiento de Dios en nuestro vaciamiento signifique plenitud de Presencia suya. Y como Dios no da cosas sino que se da a Sí mismo según nuestra capacidad de recibir, es importante que desbrocemos el camino y quite-mos los obstáculos que impiden o dificultan vivir nuestra vida de forma oblativa.

A este fin concurren los Ejercicios que nos proponen un método para propiciar nuestra entrega a través de un proceso de progresiva configuración con Cristo Jesús a lo largo de las *cuatro Semanas*. Y ello a través del discernimiento en búsqueda de la Voluntad de Dios en la propia vida que tiene un momento fundamental en la elección. Y esta Voluntad de Dios, concretada de múltiples formas según los carismas particulares de cada

uno, no es otra que nuestra *crisificación*<sup>1</sup>, es decir, el irnos transformando también cada uno de nosotros en el Hijo, por la fuerza y la acción de su Espíritu. No se trata tanto de buscar una Voluntad de Dios externa a nosotros como de ser nosotros mismos Voluntad de Dios, porque la Palabra de Dios haya tomado carne en nuestra vida prolongando aquí y ahora el Misterio de la Encarnación. De lo que se trata es de ser otros Cristo hoy.

El presente trabajo tiene por objeto reflexionar sobre el Dios que esconde su Divinidad y guarda silencio, desde la perspectiva de la *Contemplación para alcanzar amor* [EE 230-237] que está destinada a consolidar el proceso de Ejercicios y dispone a la persona, para que pueda vivir la *experiencia pascual*, permanentemente unida con Dios en la acción –y también en sus pasividades–, amando y sirviéndole en todas las cosas.

Ahora bien, no voy a centrar mi reflexión estrictamente sobre la 3<sup>a</sup> Semana de Ejercicios sino que quiero situarme en una perspectiva más amplia. La razón es que en el proceso de Ejercicios hay un claro punto de inflexión entre la 1<sup>a</sup> y 2<sup>a</sup> Semanas y la 3<sup>a</sup> y 4<sup>a</sup> Semanas: si las dos primeras se centran en nuestro “hacer” para lograr la *personificación* que culmina en la elección, las dos siguientes entran en otro estadio espiritual en el que nuestro hacer es sustituido por nuestra pasividad: es Dios mismo el que “hace” y nos adentra en un nuevo estadio existencial, donde el yo y el Tu de Dios entran en comunión profunda (estadio de *transpersonalización*, se le ha llamado<sup>2</sup>, que se corresponde con la “vía unitiva”).

Pero en el proceso de Ejercicios a lo máximo a que podemos llegar es a disponernos a entregar nuestro yo y a hacer dejación incluso de nuestra capacidad de entrega. Será en la vida de cada día, cuándo, cómo y dónde Dios lo disponga, cuando entraremos tarde o temprano en nuestra Noche<sup>3</sup> y, para crecer, habremos de recorrerla aceptando nuestras pasividades y siendo conducidos por Dios por donde uno “no sabe, no gusta o no conoce”<sup>4</sup>. Por ello considero más provechoso situarme en un contexto más amplio, que abarque toda nuestra vida<sup>5</sup>, en

*En el proceso de Ejercicios lo máximo a lo que podemos llegar es a disponernos a entregar nuestro yo*

<sup>1</sup> Ver en este sentido MELLONI, J., *Los Ejercicios como experiencia mística*, Revista Manresa, vol. 76 (2004) pp. 355-369.

<sup>2</sup> MELLONI, J., art. cit. p. 36 y ss.

<sup>3</sup> Utilizo este símbolo que, introducido por San Juan de la Cruz, forma parte ya de la cultura espiritual.

<sup>4</sup> Alusión a San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo* 1,13, 11-13.

<sup>5</sup> Hay diferentes estudios sobre la 3<sup>a</sup> Semana y en cambio se ha escrito poco desde una perspectiva más amplia. Ver, para la 3<sup>a</sup> Semana, *Diccionario de Espiritualidad ignaciana. Grupo de Espiritualidad Ignaciana (GEI)*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2007, en especial las voces “Cruz”, “Conformación”, “Tercera Semana”.

“Considerar cómo la divinidad se esconde...” (Ej 196), para poder manifestarse de otro modo

la que, para seguir con la dinámica de Ejercicios, habremos de hacer nuestro el *magis* ignaciano que implica el dinamismo de la búsqueda y la pasividad del dejarse conducir por Dios. Y algo más: la espiritualidad ignaciana y la mística que subyace en los Ejercicios ha podido ser denominada una “mística de la acción que se transforma en servicio” y una “mística del amor discernido”. No es, pues, una mística explícitamente *esponsal*, como sí lo son otras tradiciones espirituales.

Sin embargo, una vez finalizado el proceso de Ejercicios, a mi juicio la *Contemplación para alcanzar amor* nos sitúa en un terreno que mucho se le parece, pues es el terreno de la donación recíproca, de la comunión y, en definitiva, de la unión con Dios; en ella aparecen por 1ª vez en los Ejercicios los términos “amada” y “Amado” en un contexto de donación, eucarístico [231]. Por ello al hablar de la Noche haré también referencia al lenguaje amoroso de la relación con Dios que este Silencio y esta Ausencia suponen, porque creo que puede ser enriquecedor: Dios es Amor en acción, amor donándose de continuo y en el Crucificado llega a su expresión máxima. Y, centrándome en la positividad de la experiencia de la Noche, trataré de “responder” a la pregunta de qué nos quiere decir Dios en pleno s. XXI con esos lenguajes. Para mi reflexión partiré de varios presupuestos:

a) Los Ejercicios son una verdadera escuela de vida que va conformando en nosotros un estilo, el de *Jesús pobre y humilde*, ejercitándonos en el discernimiento. Cuando terminan nos sentimos impulsados y capacitados para vivir la cotidianidad en clave de Ejercicios y nuestra vida en clave de discernimiento.

b) Lo que pretende San Ignacio con el camino de los Ejercicios, y más en concreto con la 3ª Semana y a través de las contemplaciones de la Pasión [EE 190 a 217 y 289 a 298] es la configuración interna con Jesús, padecer *con él*, ser *como él*, que en tal situación extrema continúa amando y perdonando. Y ello se nos presenta como ineludible para el conocimiento interno de Jesús y para generar un seguimiento que sea verdadero.

c) La fe cristiana hace opción por la tierra. Y la espiritualidad ignaciana, como *espiritualidad de encarnación*, tiene una visión del mundo que es esencialmente positiva y que está enraizada en la doble realidad de la Misericordia absoluta de Dios y en la presencia de ese Dios-Trinidad en toda la Creación. Se trata de vivir sumergidos en la realidad, comprometiéndonos con ella, y hallando ahí a Dios mismo, que no es sino el Fondo de esta Realidad, lo Real verdadero. Ello se pone de manifiesto de forma meridiana en la *Contemplación para alcanzar amor* que lleva el Misterio de la Encarnación a su nivel más profundo. Ciertamente “*Dios está en el centro de nuestra vida, aun estando mas allá de ella... y el más allá no es lo que se halla*

*infinitamente lejos, sino lo que está más cerca*” en conocida frase de Dietrich Bonhoeffer<sup>6</sup>. Es un Dios en el corazón de la realidad, latente desde su fondo, emergente desde abajo y desde dentro además de ser Aquel en quien “vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28), Trascendencia más allá de nosotros, pero conectada a nuestro vivir.

d) La espiritualidad ignaciana es la espiritualidad del amor discernido que sabe ver a la luz del Espíritu y en la opacidad del mundo y de nuestra historia personal, huellas del Crucificado-Resucitado, las semillas del Reino que empiezan a germinar. Es una espiritualidad que sabe discernir los *signos de los tiempos* (GS 11), que tienen un contenido revelatorio, pues son los distintos lugares de emergencia de la Encarnación en la historia, donde palpita la Vida del Resucitado.

### **Los acentos ignacianos de las contemplaciones de la Pasión y muerte de Jesús**

La 3<sup>a</sup> Semana de Ejercicios entra de lleno en el núcleo central de nuestra fe, el *Misterio Pascual*, y ayuda a interiorizarlo<sup>7</sup>. La Cruz es Misterio de Amor, de donación infinita. La muerte de Jesús en Dios por el mundo del Viernes Santo se transforma así en Pascua, que es la vida en Dios del mundo, de cada uno de nosotros también. En la 3<sup>a</sup> Semana de Ejercicios San Ignacio propone la Contemplación directa de los *misterios de la Pasión del Señor*. Y lo hace acentuando algunos aspectos<sup>8</sup>. Así:

– **“Lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad o quiere padecer” [EE 195]**

Jesús padece como todo ser humano. En Él Dios hace experiencia de humanidad plena. La Pasión y la Cruz son la última consecuencia del movimiento de identificación con el ser humano que supone la Encarnación. Jesús representa un estilo de ser humano que no actúa desde la lógica del poder que se impone ni del derecho que se reivindica, sino desde la lógica de la solidaridad que se despoja por el otro, por los

<sup>6</sup> BONHOEFFER, D., *Cartas desde la prisión*, Ed. Pòrtic, Barcelona, 2008, pp. 216ss.

<sup>7</sup> Ver CATALÀ, T., *Jesús padeciendo en la humanidad. Cristología fundamental*, en CATALÀ, T., MELLONI, J., MOLLÀ, D., *Considerar cómo la Divinidad se esconde*, Cuadernos EIDES, nº 35, Barcelona 2002, pp. 2-11

<sup>8</sup> Ver MOLLÀ, D., *La tercera semana de Ejercicios*, en CATALÀ, T., MELLONI, J., MOLLÀ, D., op. cit, pp. 15-18.

“Considerar cómo la divinidad se esconde...” (Ej 196), para poder manifestarse de otro modo

otros. El suyo es un estilo de vida que puso en cuestión a los poderosos de este mundo y le llevó a la cruz. Porque cuando el Amor se hace historia se transforma en Amor crucificado en un mundo que mata al Inocente, al Justo. Entonces y hoy.

– “*Cómo la Divinidad se esconde*” [EE 196]

El Dios que hace contemplar San Ignacio es un Dios *kenótico* que posibilita ser. Dios, en la Pasión, se esconde renunciando a su “omnipotencia” [EE 196], y en su lugar aparece la impotencia, la debilidad, la vulnerabilidad del Amor. La motivación de este movimiento de encarnación-*kenótica*, no es otra que la solidaridad compasiva y en ello se nos revela la misma gloria de Dios, que nos salva a través de su pobreza y anonadamiento en Jesús, cuya vida ha sido un continuo desposeerse, despojarse, abajarse, vaciarse. Podemos decir que la gloria de Dios está en *kénosis* –ocultamiento, debilidad, silencio– en el hombre Jesús y en todo hombre y que la Cruz es, en realidad, la confluencia de dos *kénosis*: la del Hijo en el Espíritu y la del propio Padre. De ello nos habla el himno a los Filipenses (Flp 2, 5-11)<sup>9</sup>. En este último don de sí mismo, en este amor hasta el fin (Jn 13,1) es donde Jesús se une completamente a Dios con todo su ser. En el Misterio Pascual podemos vislumbrar, en realidad, la plenitud del nacimiento del Hijo en este mundo, la culminación de la Encarnación. Con la Muerte-Resurrección de Jesús culmina la donación total del Padre (Jn 3,16) que es el Hijo: el Resucitado rompe las barreras espacio-temporales. Todo está atravesado por el dinamismo vivificante del Amor de Dios que ha transparentado Jesús con su amor hasta el fin, como supo ver Teilhard de Chardin<sup>10</sup>. Además, el lugar en el que se sitúa Jesús permite una convocación desde los márgenes. La respuesta de Dios será hacer al Crucificado-Resucitado acogida y sanación, lugar de reconciliación de los contrarios. En el *hecho pascual* se funda la fraternidad.

*La motivación de este movimiento de encarnación-kenótica, no es otra que la solidaridad compasiva*

<sup>9</sup> Y también otros textos de San Pablo (2 Co 8,9 2 Co 5,21, Ga 3, 13, Ga 4, 4 ss).

<sup>10</sup> “Dios en lo que tiene de más viviente y de más encarnado, no se halla lejos de nosotros, fuera de la esfera tangible... En virtud de la Creación y aún más de la Encarnación nada es profano en la tierra para quien sabe ver”, TEILHARD DE CHARDIN, P., *El medio divino*, Ed. Trotta, Madrid 2008, pp. 31 y 32. Y, para las pasividades de disminución, pp. 46-57.

– “*Cómo todo esto padece por mis pecados...*”[EE 197]

El ocultamiento de Dios y el padecimiento de la Humanidad de Jesús es a causa de mis pecados y para salvarme de ellos. En la contemplación de la Pasión del Señor descubrimos el pecado como rechazo al amor y a la entrega de Jesús, y también su ilimitada capacidad de generar sufrimiento y muerte, de ocultar a Dios. Asimismo se pone al descubierto nuestra verdad y aparecen nuestras sombras, nuestro pecado personal que oculta y distorsiona la imagen de Dios impresa en nosotros, nuestra opacidad que no deja transparentar el Amor que llevamos dentro. La contemplación de la Pasión nos ayuda a aceptar nuestras pasividades de todo tipo, situando el padecimiento por ellas en el Crucificado y haciendo a la vez de nuestro sufrimiento experiencia de sufrimiento con la humanidad sufriente. En definitiva, posibilita la *crisificación* del dolor por nuestros pecados, por nuestras diversas formas de inautenticidad, así como la *crisificación* de todos nuestros padecimientos.

Las contemplaciones de la 3<sup>a</sup> Semana ayudan al ejercitante a incorporar la Cruz a su propia vida en base a hacerse un solo corazón con el Crucificado, a identificarse con él en su dolor, de forma que el *con-vivir* con Jesús de la 2<sup>a</sup> Semana se transforma ahora en un *con-morir* con él. Es un ejercicio de *comuni3n compasiva*, de *padece-con* el Crucificado que padece por fidelidad a su identidad y a su misi3n: ser hombre para los demás y con los demás y en ello ser Hijo para el Padre. Se trata de que su Pasión sea mi pasión y al mismo tiempo vivir que mi pasión, mis sufrimientos son su Pasión ahora en mí, e igualmente los sufrimientos de la humanidad entera. Asimismo, esas contemplaciones son el *vía crucis* del amor probado de mi elección, que me recuerda que no está en juego mi proyecto ni mi misi3n; todo es suyo y deviene nuestro en la medida que entremos en comuni3n con Él. Pero ello sólo será posible si Dios nos lo concede como don, de ahí que San Ignacio nos lo haga suplicar [EE 233].

### El símbolo de la Noche

La experiencia de la Noche, sea en Ejercicios o más allá de ellos, es una experiencia típicamente humana y cristiana y aquellos que han pasado por ella son luz para los demás. Todos, en algún momento de nuestra vida hemos atravesado o atravesamos períodos de tristeza, duelo, frustraci3n o fracaso de proyectos o expectativas. Momentos de sufrimientos físicos, morales o espirituales, situaciones de carencia de sentido de la vida y de injusticias flagrantes van jalonando nuestra existencia. Además, la humani-

“Considerar cómo la divinidad se esconde...” (Ej 196), para poder manifestarse de otro modo

dad vive también sus noches colectivas. Jesús mismo tuvo que vivir su confianza en Dios en el interior de una Noche oscura, esperando contra toda esperanza, y su paso por la Noche ilumina nuestras noches. La Noche irrumpe en el itinerario del crecimiento espiritual porque ir por el camino de la configuración con Cristo supone pasar por ella: el Todo es Absoluto, pero se anonadó en Jesús mientras Jesús, anonadándose en Dios, accedió a ese Todo desde la Nada. Por eso, cuando parece que la figura de Dios está al alcance de la mano, su presencia se desvanece, queda escondida. Nuestro Dios parece tener un rostro eternamente inaccesible. Aparece y desaparece, se aproxima y a la vez se aleja, se concreta y se desvanece. La Cruz pone en cuestión cualquier imagen interesada de Dios. En las estrofas de los poemas de San Juan de la Cruz está bellamente narrada esta experiencia: “¿Adónde te escondiste,/amado, y me dejaste con gemido?/ Como el ciervo huiste,/habiéndome herido;/ salí tras ti, clamando, y eras ido” (Cantico Espiritual, 1)<sup>11</sup>.

*Las noches son la  
puerta de acceso a la  
unión con Dios, el  
desprendimiento de todo  
aquello que hemos  
confundido con Dios*

## Comunión con Dios en la Noche

Las noches, en realidad, son la puerta de acceso a la unión con Dios, aspiración de todo humano. Constituyen momentos de purificación en los que se nos ofrece la oportunidad de desprendernos de todo aquello que en nuestra mente y en nuestro corazón hemos confundido con Dios. En ellos Dios nos transforma en su Amor<sup>12</sup>. Es en la Noche donde podemos concentrar toda nuestra atención en Dios como nuestro Todo, sin que otra cosa pueda dispersarnos. La fidelidad a Dios es la condición de la unión con Él. Por eso es tan importante en estas situaciones permanecer en Getsemaní, en

<sup>11</sup> Para progresar en la vía del espíritu y disponerse a la unión con Dios, San Juan de la Cruz nos habla del paso por dos tipos de noche: la noche activa del espíritu (lo que el alma puede hacer para que Dios la encuentre preparada) y la noche pasiva del espíritu o noche del sentido, que a su vez tiene varias fases, en la que se acallan las potencias sensitivas para que hable Dios y obre en el alma su unión con ella. Es en esta segunda noche donde la oscuridad es total y Dios parece callar. Ahí es Dios el que toma el protagonismo y obra. Es en esa Noche, silenciados pensamientos y sentimientos, donde se puede escuchar más puramente a Dios; es esa Noche la que invita a despojarse de la forma para ir a la sustancia de Dios (ver *Obras Completas de San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid, 1994, en especial *Subida al Monte Carmelo* y *la Noche oscura*).

<sup>12</sup> Sobre la capacidad transformante de la Noche, MELLONI, J., *El silencio del Sábado Santo*, en CATALÀ, T., MELLONI, J., MOLLÀ, D., *Considerar cómo la Divinidad se esconde*, Cuadernos EIDES, nº 35, Barcelona 2002, pp. 19-21.

el Gólgota, sin huir. Y continuar amando, porque hemos oído en nuestro interior la llamada del Amor que nos quiere hacer suyos. Hay que entregarse al Misterio, acogerlo, adorarlo. Lo expresó con claridad Simone Weil: *“Y lo más terrible es que si en estas tinieblas en las que no hay nada que amar, el alma deja de amar, la ausencia de Dios se hace definitiva. Es preciso que el alma continúe amando en el vacío, o que, al menos, desee amar, aunque sea con una parte infinitesimal de si misma. Entonces Dios vendrá un día a mostrarsele y a revelarle la belleza del mundo... Pero si el alma deja de amar, cae en algo muy semejante al infierno”*<sup>13</sup>.

En los momentos de Noche se producen aumentos de percepción y comprensión de la realidad de Dios. A pesar del dolor y de la prueba, se tiene la certeza de la *“fonte que mana y corre”*<sup>14</sup>. Son momentos de aprendizaje en el dejar a Dios ser Dios en la propia vida, para que sea su verdadero Centro y así todo nuestro ser y hacer pueda ser a gloria y alabanza suya [EE 23]. Nos preparan para que podamos acercarnos a Dios con todas las capacidades de comunión abiertas. En la Noche de la espera se nos invita a ejercitarnos en la fe, la esperanza y el amor, es decir, a *vivir teologalmente*. Y ello demanda la desnudez humilde y confiada de la entrega, dejando de lado nuestro ego, saliendo del propio “amor querer e interés” [EE 189]. El abandono en Dios posibilitará poder decir con San Pablo: *“ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”* (Gal 3,27) y aprenderemos a fluir con él. En realidad, Cristo no es otro que mi verdadero yo, una vez se ha desnudado por completo. Y vivirle como nuestra intimidad más íntima es obra del Espíritu Santo que nos abre sin cesar a la alteridad, al rostro del prójimo para que oigamos su llamada incondicional. Y es en el prójimo donde volvemos a encontrar a Cristo que se ha hecho Uno con el Padre en este mismo Espíritu (Mt 25, 31-46). En el fondo de nuestra intimidad más profunda toda ausencia es Presencia. Es allí donde está nuestro tesoro, nuestro Todo. Por ello San Juan de la Cruz, para quien la unión con Dios tiene lugar, aquí en la tierra, en la Noche, pudo escribir: *“¿Oh Noche que guiaste! ¡Oh Noche amable más que la alborada! Oh Noche que juntaste/Amado con amada,/ amada en el Amado transformada!”* (Noche Oscura, 5).

## El lenguaje del Silencio

Dios habla también cuando calla. Por eso el Silencio y la Ausencia de

<sup>13</sup> WEIL, S., *A la espera de Dios*, Ed. Trotta, Madrid 1983, p. 77.

<sup>14</sup> San Juan de la Cruz, *Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe*.



“Considerar cómo la divinidad se esconde...” (Ej 196), para poder manifestarse de otro modo

Dios pueden ser identificados con la plenitud de sentido en la hondura del vivir. Así, el Silencio de Dios no es ausencia de Él sino signo de su Misterio infinito. Y es que Dios se expresa no sólo como el Otro, de una forma personal; utiliza también este lenguaje insonoro, que es vacío de toda imagen y representación, para comunicarse con los seres humanos. Es por tanto el suyo un Silencio hablante, cargado de sentido que hay que contemplar y orar, prestando atención a las mociones interiores que suscita. La Voz de Dios es Silencio de todas las demás voces: para poder escuchar “las palabras del Silencio” hace falta que “entremos” en el Silencio de Dios, lo que significa silenciarnos para que la Vida se pueda manifestar, y podamos iniciar el cambio o conversión, tanto en la vida personal como social. Asimismo, Dios, con su Silencio nos muestra su respeto por la libertad y autonomía humanas y ello por Amor. Es el silencio del que deja hablar desde la libertad del otro, que no impone sino que ofrece. Con su Silencio, Dios espera nuestra palabra y nos la deja decir, interpeándonos a hacer también nosotros silencio y a medir nuestras palabras, para que tengan más calidad y profundidad, pues sólo desde una *escucha contemplativa* puede la palabra que pronunciamos ser Buena Noticia de Dios a los demás.

También en el dolor y el sufrimiento se esconde Dios y ello porque al identificarse tan plenamente con nosotros, desaparece a nuestra vista y su dolor se funde compasivamente con el nuestro. El suyo es un Amor que en su pasividad sufrida nos sostiene y conforta en nuestras noches. Y Dios sufre también con nosotros el mal del mundo, y estando a nuestro lado hace posible que no nos destruya por dentro. En suma, el Silencio de Dios no es un silencio vacío. Es un silencio elocuente, que nos habla: revela, desvela sin decir, mostrando una vida que no necesita palabras, la vida de Jesús que es puro amor hasta el fin y que desvela a su vez el puro Amor de Dios. Y si el silencio es la matriz donde se engendra la Palabra Original, Jesús, el Hijo, podemos afirmar a su vez que es también la matriz en la que se engendra nuestra palabra, que está llamada a ser también Hijo.

237

### **El lenguaje de la ausencia**

Toda la realidad está llena de la Presencia ausente de Dios. La ausencia es el lenguaje del amor: dinamiza, invita a progresar en el conocimiento de la persona amada y a esperar el encuentro con ella. En la relación con Dios pasa lo mismo: el movimiento del encontrarse-alejarse, del tenerse-no tenerse, el lamento por la separación y el dolor de la ausencia genera un insaciable deseo de búsqueda y espera vigilante de Aquel que en cualquier

*La Ausencia ayuda a abrirse a la Presencia de Dios y a llegar a una vivencia de Él que supere todo discurso*

momento puede hacerse presente (Mt 25, 1-13). Con su Presencia y su Ausencia Dios mismo nos va educando el corazón. La Ausencia fortalece la confianza, el poner la seguridad no en nuestro pobre amor sino en el Suyo. En la Ausencia de la distancia el Silencio es Silencio enamorado y posibilidad de adoración. La Ausencia ayuda a mantener viva la sed de Dios y a que el fuego que El mismo ha encendido en nuestro interior no se apague. Y hace que esta sed continúe por nuevos y oscuros cauces. Podemos así transitar por caminos desconocidos con sólo esta sed de Dios por luz<sup>15</sup>.

En la búsqueda del Trascendente, justamente el signo de haberlo encontrado, es el no poder dejar de buscarlo. El velarse-desvelarse de Dios impulsa a la búsqueda del Amado desde un amor por Él que se va haciendo cada vez mayor y más puro. Dios nos invita siempre a romper las fronteras del lugar donde habitamos para poder crecer en el Amor. De esta suerte, la Noche hace progresar en el camino de *crisificación*, avanzando en el proceso de identificación amante-Amado, y en ser nosotros también Palabra de Dios encarnada [el “así nuevamente encarnado” de EE 109]. Y es que la Ausencia ayuda a abrirse a la Presencia de Dios y a llegar a una vivencia de Él que supere todo discurso, fundiendo nuestro tú con el Tú de Dios en el seno de las *relaciones intra-trinitarias*.

**¿Qué nos quiere decir Dios hoy con su ocultamiento y su silencio?**

Hoy, como ayer, Dios sigue habitando nuestro tiempo, “trabajando” y comunicándose. No hay menos presencia, o menos “trabajo” o menos donación de Dios que en otras épocas. Su Silencio y su Ausencia hoy nos interpelan a:

– **No utilizar su Nombre en vano:** Dios es silencio y oculta su divinidad para que no pronunciemos su Palabra en vano (Dt 5,11), sino que ésta sea fruto de un proceso de interiorización, de encarnación. Jesús es la Palabra de Dios porque no pronunció la palabra Dios en vano, sino que la acogió y dejó que tomara todo su Ser y así se hiciera Uno con él, dejando a

<sup>15</sup> “De noche iremos, de noche/que para encontrar la fuente,/sólo la sed nos alumbrá”, versos de Luis Rosales inspirado en San Juan de la Cruz.

*“Considerar cómo la divinidad se esconde...” (Ej 196), para poder manifestarse de otro modo*

Dios ser su Todo, su Centro. Dios se nos revela en su Misterio de forma personal. El don del Nombre de Dios, de lo que Él es para cada uno de nosotros, pertenece al orden de la confianza y la intimidad. Evoca una realidad sagrada. Por ello de Dios sólo podemos hablar desde dentro de la verdad de nuestra propia existencia, sabiéndonos pobres, seres en proceso, proyectos todavía en vías de humanización y, en Cristo Jesús, de divinización.

Vanalizar el Nombre de Dios es ir contra nuestra más profunda identidad y nuestro más alto destino y hacer que su Nombre quede como algo vacío de sentido. Dios nos está diciendo en su Silencio que el acceso a Él debe ser primordialmente hecho desde el corazón, no desde el intelecto, desde el dejarse seducir por su Amor. Un acceso en pasividad más que en acción para poder luego encontrarle a Él en todas partes y entrar en comunión con Él en toda acción y también en toda pasividad.

– **Dejarle ser Dios:** El silencio de Dios y su ocultamiento se nos revela como una interpelación a no ser idólatras, creando falsos absolutos que le suplanten, y a no relativizarle ni instrumentalizarle a favor nuestro. Y ello puede hacerse individual o colectivamente. Porque la fe en Dios puede ponerse también al servicio de intereses colectivos, por muy loables que sean. En definitiva, el silencio y ocultamiento de Dios es una llamada a no hacernos un Dios a imagen y semejanza nuestra en vez de ser nosotros imagen y semejanza suya.

Asimismo, es también una interpelación a no confinar la fe en Dios y a Él mismo en un compartimento estanco de nuestra vida, sin posibilidad de que pueda vertebrar la vida entera de cada creyente, ni de ser su verdadero Centro y motor.

– **Saberle encontrar en la debilidad:** El Silencio y el Ocultamiento de Dios son una invitación renovada a rastrear la experiencia de la Trascendencia por los lugares de la fragilidad. Porque lo frágil, lo débil, lo pobre, lo extraño es el lugar donde se realiza el designio misterioso de Dios de elegir aquello que todo el mundo rechaza, convirtiéndose, así, en revelación suya. Hay que buscarle, pues, en estos lugares porque Dios acontece en Jesús como anonadamiento. Lo frágil nos hace ir a los márgenes de nuestra sociedad, de nuestro mundo, y vivir nuestra fe a la intemperie, encarnada desde allí. Sólo desde los márgenes nos es lícito hablar de universalidad pues sólo desde allí podemos hacer universal el Amor de Dios.

Así, Dios nos está “hablando” en todo lo que está en la línea de disolver lo sagrado como violencia simbólica, debilitando las estructuras fuertes y

el poder absoluto, religioso o civil, orientándole hacia el servicio, la no-violencia y el diálogo, la participación y la cooperación y en todo aquello que sirve para poner en crisis al sujeto propietario como última instancia de valor, y en todo lo que resquebraje el narcisismo del yo. En todo aquello que afirme una singularidad que no sea a costa de la dependencia, una libertad que no sea a costa de la vinculación, una autonomía que no sea en detrimento de la convivencialidad, Dios se nos está comunicando. Y lo mismo podríamos decir en relación a todo aquello que nos ayuda a descubrir no sólo la vinculación fundante que el ser humano tiene con los demás sino también con la naturaleza<sup>16</sup>. Y debemos también saberle encontrar en nuestra propia debilidad y pequeñez.

– *Saberle encontrar con otras formas*: Dios con su silencio y su ocultamiento nos está recordando que estamos continuamente llamados a convertir nuestra imagen de Él para evitar que acabe siendo proyección nuestra. Somos invitados a despojarnos de la que tenemos para dejar que sea Dios mismo quien vaya formando en nosotros su imagen siempre nueva, dinámica.

El Espíritu Santo rompe continuamente las formas anquilosadas y rígidas de vivir la fe y se halla en perpetuo conflicto con las imágenes de Dios erigidas en la mente de los hombres, cuando en cada generación se esfuerzan por acotar su sentido. Ciertamente que tales imágenes cumplen la función de ser puntos de referencia que ayudan a situar lo que es incognoscible y de profundidad inagotable, pero hay que estar muy alerta para que tales imágenes de Dios no se conviertan sutilmente en sustitutos del mismo Dios, cosa que ocurre cuando llegan a excluir o negar todo lo que no se haya incorporado en la imagen. Entonces hay que tener la lucidez suficiente para comprender que se están tornando imágenes idólatras. Han cumplido su cometido y debería tenerse la valentía de pensar que han de ser sustituidas por otras que nos digan más sobre el Misterio de Dios y puedan ayudar a hacer la experiencia de esa Realidad última. Las muertes de una determinada imagen de Dios permiten reconocer otras nuevas imágenes.

Así, la crisis que padecemos puede ser leída como oportunidad; concretamente, la crisis del lenguaje religioso permite que puedan aparecer otros lenguajes, pues las religiones no tienen el monopolio de Dios. Asimismo, es una invitación a recrear nuestro propio imaginario religioso para hacer-

---

<sup>16</sup> GARCÍA ROCA, J., *Los Magos: fulgores, incertidumbres y cuevas tan sonoras*, en *Revista Sal Terrae* 1996 nº 11, pp. 829-843.

*“Considerar cómo la divinidad se esconde...” (Ej 196), para poder manifestarse de otro modo*

lo más inteligible a nuestros contemporáneos, y una llamada a vivir la Iglesia como una fracción de la humanidad que ha de encarnar y desvelar esa nueva Vida en el Resucitado que no sabe de fronteras ni de formas.

En definitiva, con su Silencio y Ocultamiento Dios nos está pidiendo confianza redoblada y enraizamiento en Él. Y que, asumiendo las *paradojas evangélicas* que hablan del grano de trigo que muere y da fruto (Jn 12, 24-25), nos abandonemos en Dios y muramos a nuestros viejos esquemas, para así permitir el florecimiento de lo nuevo. Y hay que saberse quedar en el vacío, sin lo viejo y aún sin lo nuevo, dejando que emerjan lentamente nuevas formas de vivir en el Espíritu. Hay que dejar que Dios irrumpa más allá de nuestros moldes concretos. Y saber transitar por caminos no trillados, haciendo el camino nuevo de lo inédito, pues a tierras nuevas sólo se va por caminos nuevos, ignotos. Ello requiere estar atentos a la realidad de lo que acontece, a lo que ya se nos ha entregado y está emergiendo.

\* \* \*

La Creación toda entera, y en ella nosotros, está grávida de Dios y *“espera con gran impaciencia el momento en que se manifieste que somos hijos de Dios... (con) la esperanza de ser liberada de la esclavitud y la destrucción, para alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios... se queja y sufre como una mujer con dolores de parto”* a la espera de la condición plena de hijos (Ro 8, 19-24). Dolores de parto de una Humanidad Nueva que revele lo que es ser Hijos de Dios. Y, al mismo tiempo, Dios mismo está grávido de una Nueva Humanidad en la que Él sea *“Todo en todo”* (1 Co 15,28). Pero antes debemos pasar con el Crucificado la prueba de la Noche, pues sólo si tenemos una mirada contemplativa, sólo si nacemos de nuevo en el Espíritu, podremos percibir en el Fondo de la realidad esta corriente de Vida que la impregna totalmente y cada “tú” particular será para nosotros el vislumbre continuo del “Tú” eterno. Podemos comenzar a vivir hoy la vida desde su Vida.

*Sólo si nacemos de nuevo, podremos percibir en el Fondo de la realidad esta corriente de Vida que la impregna totalmente*